

BLACK THUNDER

En este número:

Ricardo Pech George
Elizabeth Barrales Jandette
Yobany García Medina
Carol G Jagger
Tlachiv Soriano
Melbridge
Victor D. Manzano Ozeda
María José Escobar
NB



NÚMERO.02

afterthestorm.store

Tabla de Contenido

LA GUARIDA	02
Ricardo Pech George	
SI ME SALVO FUE EN SU CONTRA Y TE CUIDO	03
Elizabeth Barrales Jandette	
REFLEJO ANIMAL	05
Yobany García Medina	
PILLAJE	05
Carol G Jagger	
EL ENANO	06
Tlachiv Soriano	
ESQUIZOFRENIA	07
Melbridge	
EL APOCALIPSIS SEGÚN EL ÚLTIMO PERRO	07
Victor D. Manzo Ozeda	
LA IRA CRISTALINA	08
María José Escobar,	
VUELA, COLIBRÍ	10
NB	



DE LA EDICIÓN

En la tormenta, los relámpagos golpean más de una vez. Iluminan el cielo con una ráfaga que lo congela todo: las gotas que caen, los rostros que miran, las nubes que se retuercen en el fondo. Aquí pueden escucharse los ecos del segundo golpe de esta tormenta. Un esfuerzo agotador pero reconfortante por llevar la literatura latinoamericana en español a otras fronteras, sobre todo para voces independientes, no mundialmente reconocidas, que nos dan una muestra del enorme talento que emana de nuestros países.

Me da mucho gusto poder ver aquí reunidos estilos y temas tan distintos que resulta imposible definirlos con claridad.

Agradezco enormemente a todas y todos los que hacen posible no solo que Black Thunder llegue a su segundo número, sino el descomunal trabajo desde los cuartos de edición y diseño de la casa editorial, sumando nuevos títulos a un vasto, pero fértil, campo para que la literatura pueda crecer. Solo me queda darles las gracias a las manos, ojos y mentes detrás de cada poema, cuento y ensayo; detrás de cada coma corregida, portada diseñada o sitio web creado.

Es solo en la comunidad y en el trabajo colaborativo donde podemos alcanzar otras alturas. Por muchas tormentas más. Por más relámpagos, más literatura, más caos.

Juan M. Fernández Chico
Editor en Jefe



LA GUARIDA

Ricardo Pech George

Vivo en una alcantarilla porque me harté de los pleitos entre mis padres, mis hermanos y los vecinos. Todos son muy sensibles, se ofenden fácilmente y solo los calma el orgullo de ser fuertes. Mis maestros me contaron que hace siete generaciones ganaba el más rico y el de más poder. Eso ahora sirve de poco porque siempre hay alguien que hará lo que sea para demostrar que nada puede destruirlo. A estas alturas de la vida, las peleas físicas, intelectuales y económicas duran hasta que prácticamente alguien muere o se hace el muerto. Yo quise ser duro como ellos, pero nunca pude, hasta que un día encontré un chip de información con mi historia médica donde se incluía un reporte genético. Resulta que mi cerebro heredó una sustancia de mis antepasados que me hacía pensar por los demás y vivir sin arrogancia.

Con tal de “curarme”, mi familia me relacionó con los niños más violentos de la calle, que me golpeaban hasta decepcionarse de mis pocas ganas de defenderme. El día que me escapé de casa, mis padres resolvieron enviarme a una correccional para niños “buenos”. Lo que había escuchado de ese tipo de terapias me hizo huir de mi familia un domingo, cuando se insultaban por algo de la comida. La única posibilidad de sobrevivir era meterme en alguna de las alcantarillas donde se drenan los desechos de la ciudad.

Faltaba poco para el colapso social de todos los días cuando salí de mi escondite a tomar aire. Quise llegar al parque, un jardín de cemento y pocos árboles que podían darme el oxígeno necesario para limpiar mis pulmones, pero al cruzar la calle vi cómo dos adultos discutían en una rotonda. Después de varios insultos, cada uno bajó de su vehículo y se amenazaron con poderes que no existen. Se golpearon y empezaron a llamar a sus conocidos, que en minutos eran más de veinte por bando. Todos estaban armados.

No pude llegar al parque. Me dio miedo recibir un disparo. Quise regresar por donde vine, pero se acercaban dos policías que se limitaron a observar mientras las amenazas subían de tono. Así que mejor no avancé más, pero tampoco podía regresar a la alcantarilla porque la policía iba a reconocerme como el niño extraviado desde hacía una semana.

En la rotonda me tiré pecho abajo para que la gente no me viera, mientras trataba de respirar con el resto de mi capacidad pulmonar. Cerré los ojos para ahorrar energía mientras escuchaba los gritos de los involucrados en el pleito, amenazándose de muerte con palabras sin sentido para mi entendimiento. Ya era la hora de la mañana en la que todos salen a hacer sus cosas, por lo que muchos se juntaron a ver la confrontación, escépticos de las intenciones de ambas familias de lastimarse, como si todo fuera una farsa. Esto endurecía más las agresiones verbales de los presentes.

Cuando accionaron sus armas sentí miedo y más ahogo. Corrí entre balas hacia el parque buscando los árboles y el aire sano hasta que por fin sentí el oxígeno y se extinguió el incendio de mis pulmones. Me relajé unos segundos cuando vi que se acercaba una niña como de doce años, vestida de escuela y con un fleco amenazador que hacía juego con su semblante indignado. Chocó conmigo, distraída por el alboroto en la rotonda, y se me quedó viendo con intenciones de escupirme. Enseguida miré al piso para evitar una confrontación, pero recibí tres descargas de saliva y un grito agudo que sacudió la parte posterior de mi cabeza. Un silencio momentáneo me dio la esperanza de que la niña siguiera su camino, pero cuando levanté los ojos observé cómo se cortaba las muñecas con un pedazo de vidrio, convenciéndome de que estaba en el preámbulo de la personalidad más inquietante.

Me quedé callado, declarando mi derrota, y sentí dos patadas antes de verla retomar sus pasos. No me importó el dolor, sobre todo por el alivio de verme libre de un conflicto, respirando tan plenamente como me lo pidió mi corazón hasta que los policías me levantaron con violencia. Enseguida me reconocieron como habitante de las alcantarillas por mi olor a podrido. Revisaron rápidamente sus datos y me ubicaron como un niño reclamado por su familia.

Iban a subirme a la patrulla, pero no tardaron en devolverme al parque para intervenir en el pleito que se salía de control, pues las familias que se disparaban diez minutos antes habían conglomerado a más gente para pelearse a muerte. Ni la policía se dio cuenta de que atravesé la rotonda, resuelto a esconderme otra vez para vivir un día más.

SI ME SALVO FUE EN SU CONTRA Y TE CUIDO

Elizabeth Barrales Jandette

SI ME SALVO EN SU CONTRA

Tengo el registro de posibles muertes en mi celular,
ubicaciones, fecha, hora, últimos testigos,
entre conversaciones sobre que nos depara el destino,
para que si lo terminan interviniendo
alguien cuele a la prensa lo escrito,
y todos vean que si quería un mañana,
que no me escape, que no fue suicidio.
y si alguien es castigado al vuelo
vean dos veces a quien dio el castigo,
pues en este infierno el que no es cuerpo es chivo,
y el desierto sabe bien que las que encuentran la verdad
son las que viven el castigo.



TE CUIDO

Sabiéndome participe de la creación de tus heridas.
Sabiéndote creadora de varias de las mías.

Te cuido.
Porque el mundo esta contra nosotras
Como especie e individuos.

Sé que sabes lo que nos pueden hacer,
Lo has sentido en la piel tanto como yo
Diferentes resultados, la misma causa
Algo que nos une más allá del pasado que escogimos juntas.

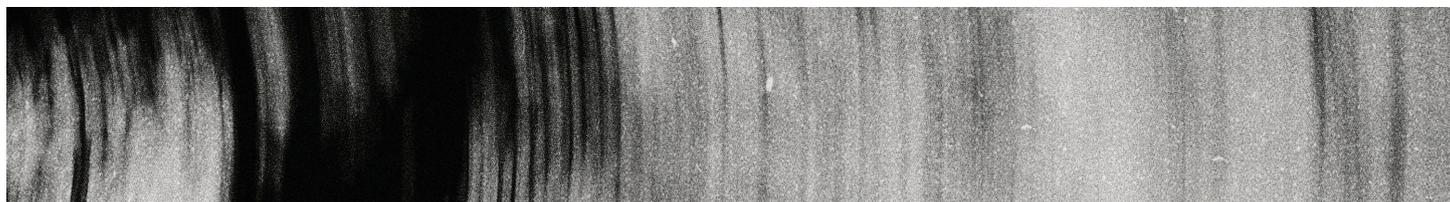
Te cuido, cuando puedo
Queriendo creer que harías lo mismo por mi
Porque lo hiciste
y estas promesas son las promesas que no deberían romperse,
porque si ellos están juntos en su juego,
nosotras estamos juntas en la guerra.

Te cuido
como quiero cuidarlas a toda ellas
a las que no conozco ni de vista ni de odio.
Te cuido

como sé que ellas me cuidarían
sin conocerme de nada,
conociéndome de todo lo que nos hace una.

-Si hablamos de evitarle el síndrome de estrés postraumático a cualquiera
consideró necesario decirte que tu amigo es un maldito violador. -

Te cuido,
porque te quiero.



REFLEJO ANIMAL

Yobany García Medina

Un hombre mira a su perro, imagina una depresión en sus ojos. Pero no, es él mismo el que se revuelca en esos espejos domesticados.

¡Ladra! ¡Ladra! ¡Sé un perro!

El animal gimotea.

¡Entonces, gruñe! ¡Sé un animal!

El perro va y se acurruca en sus piernas. Lo pateo.

¡Muérdeme, ladra, gruñe!

El perro se aleja, se echa y lo mira acongojado desde el suelo, o tal vez es ese sentimiento que el hombre imagina desde arriba.

¡Lárgate! ¡Te digo que te largues!

No se mueve.

El perro mira a ese hombre, imagina una depresión en su mirada, pero no, es el animal revuelto en sus ojos colgados.

PILLAJE

Carol G Jagger

22 de octubre de 2021

ninguno pensamos en serio que los conciertos fueran a acabar, serían las novelas quizá las que acabarán, los conciertos no...

23 de octubre de 2021

Yo nací siendo así.

25 de octubre de 2021

el mundo es esa bacanal de mierda en la que te sumerges



26 de octubre de 2021

dijeron que los conciertos iban a acabar algún día
pero solo acaban de empezar, como siempre.
me río con risa de pirada
y entradas en la mano

31 de octubre de 2021

Eres muy grande Travis.
Somos poesía Clayden.
espiritual.

como él dijo,
fuera de los rolling
todo es miseria.



EL ENANO

Tlachiv Soriano

Habría sido tan alto como sus hermanos, pero los genes lo condenaron a tener esa cara de niño malcriado. Desde los quince años viste como rapero. Casi nunca camina por la banqueta cuando se dirige a las oficinas del Servicio de Limpia del Municipio donde trabaja; camina a sus anchas a media calle. Le importan un bledo los cláxones de los conductores.

Si por pura chiripa me lo encuentro en la calle, me lanza escupitajos o piedras. Si me atreviera a ponerme al tú por tú, yo terminaría en la cárcel. Y como están las cosas, al rato no quisiera pasar como el enemigo público número uno de todos aquellos que sí son enanos. En realidad, nunca le caí bien a mi vecino desde que éramos niños.

Cuando íbamos a la Escuela Primaria Oficial Paz Montaña, él me señalaba como “chino-cochino” por mis fuertes rasgos japoneses, y “pelón cacotas” por mi cabeza rapada. Yo le respondía con “Tarzán de bonsái” o “Ayudante de Santa”. Ignoro si él recuerde esos dimes y diretes que hacían reír a los demás chamacos. Tampoco sé si recuerde aquella vez que me amenazó, junto con otros compañeritos, con una navaja (la navaja que su padre usaba para rasurar la barba de los vecinos). Me dijo en pleno recreo:

—¡Aquí no te queremos, ojos de alcancía, lárgate de acá!

Ante el temor de que me la hundieran en la barriga, corrí por toda la escuela. Al no hallar un buen escondite, fui hacia el techo del salón, donde me acorralé junto con sus compinches. No tuve más remedio que arrojarme al vacío. Desde entonces, quedó bien marcado en mi memoria ese miedo a las alturas. Jamás llegué a acusarlo. Tampoco él renunció a hacerme daño apenas ponía un pie en el salón.

A pesar de todo, le guardo cierta pizca de cariño. Algo me dice que sería el primero en llamar a la Cruz Roja si me diera un paro cardíaco en plena calle.

Si no se ha casado no es por su tamaño ni por su excéntrica forma de vestir, sino por cómo mira a las mujeres en la calle. Ojalá fuera solo eso. También les dice los piropos más crueles. Si fuera mi amigo íntimo, además de darle un zape en su cabezota, le diría que no enfoque la mirada en sus pechos y traseros, sino en sus rostros. Ninguna de las vecinas le tiene afecto. Alegan que no habría amor ni cariño, sino sexo árido y violento.

Las he visto cambiar de rumbo cuando lo ven a lo lejos. En caso contrario, ellas caminan por la banqueta gritándole:

—¡Qué me ves, baboso!

Él responde con alguna majadería. Para las muchachas se torna más enano, acaso un pequeño demonio.

Quizá un día mi vecino termine atropellado. Ya imagino la alegría de las mujeres de nuestro barrio cuando se divulgue la noticia. Se sentirán libres para usar sus minifaldas y blusas escotadas, o para ponerse sus pantalones ajustados que calquen el tamaño de sus calzones, aunque eso signifique ir a la casa del enano a dar el pésame.

Lo cierto es que ellas se vestirán y maquillarán sin darse cuenta de que lo hacen para él. Quizá, muy en el fondo, eso quiere mi vecino: que haya muchas mujeres en su entierro. Tal vez, y bien mirado, por eso camina a media calle cuando va o viene del trabajo. Sin embargo, ningún automovilista le ha cumplido el capricho. Quizá temen un terrible golpe en la fascia.

¡Hasta para eso tiene suerte el enano!

Despierto en mi banco. Miro el reloj y siguen siendo las seis, por octava ocasión. El ornitorrinco y el gato de angora disputan el partido de ajedrez. En el banco contiguo, una rata toca la flauta. El cielo, en su inmensidad, me sobrecoge. Le doy otra calada al cigarro.

El desayuno está listo, indica mi chef. El vino de Falerno me resulta exquisito, acompañando el bistec de colcha de trapear. La cabeza del gato crece constantemente, mientras lanza un rebuznar ensordecedor. Mis oídos sangran. Unto la sangre en mi dedo y la saboreo; tiene un gusto a miel. Se escucha a lo lejos el repicar de las campanas que indican las seis. Es hora de mi siesta.

EL APOCALIPSIS SEGÚN EL ÚLTIMO PERRO

Victor D. Manzo Ozeda

Viene pasando, esto ya no es vida, sino el rastro viscoso de un cadáver que nunca supo morir del todo. Aquí andamos, los perros desdentados, buscando entre la basura restos de un mundo que se burló de sí mismo. No hay dioses. No hay profetas. Solo la podredumbre de un horizonte que hiede a mierda y petróleo quemado. Ahí va el aire, denso, rancio, metiéndose en los pulmones como un ídolo no deseado.

¿Y quién nos acaricia ahora? ¿Quién tiene dedos tibios para amansar el temblor? Nadie. Solo este polvo que se pega a la piel y nos convierte en estatuas de inmundicia.

Las iglesias están vacías. No hay cantos, no hay rezos. Solo queda un retumbo hueco, como si el mundo mismo se hubiera creído sus mentiras. Los curas ya no alaban, ya no se arrodillan. Ahora están todos en fila, esperando su turno para morder la última hostia, ese pedazo de papelón que les prometieron como carne de dios.

Nos gusta el pecado porque nos hace sentir humanos”, dicen las ratas que ahora se sientan en los tronos. Mientras tanto, las madres golpean a sus criaturas porque ya no saben cómo abrazarlas. “Es por tu bien, pequeño”, dicen, mientras sus manos dejan marcas más profundas que la fe.

“La ciudad se retuerce bajo su propia sospecha. Las luces de uranio titilan como el último aliento de una prostituta vieja. En las esquinas, los niños venden ojos en frascos porque nadie quiere mirar ya. Es mejor estar ciego. Es mejor no saber.

Pero los cuerpos, los malditos cuerpos, siguen buscando. Las manos tiemblan, los labios maldicen plegarias que ni siquiera llegan al techo. Y ahí están, las ratas otra vez, carcajeándose desde sus agujeros, porque ellas, al menos, saben que este es su reino.

“Ven, último perro”, chifla el viento. “Ven y lame las heridas de este mundo que se desangra”. Pero el perro ya no tiene lengua. Se la arrancaron los mortales cuando todavía creían en la prudencia. Ahora solo camina, cojeando, arrastrando consigo el peso de todo lo que fue y nunca debió ser. Mira hacia el cielo, pero el cielo ya no está. Solo queda una mancha negra, un alarido mudo que nadie puede descifrar.

Y ahí está Jesús, el holograma de siempre, proyectado en un muro lleno de fisuras. “No tengo respuestas”, dice, mientras sus ojos lloran un líquido verde luminoso.

“¿No querías luz? Aquí tienes tu luz, maldito insecto. Una luz que te quemará por dentro hasta que no quede nada”.



El perro ladra, aunque no tiene lengua. Ladra porque sabe que eso es lo único que queda: un ladrido vacío, un estrépito perdido en un universo que ha olvidado su propio nombre. Y así arderemos todos, felices, confundidos, cantando himnos que no entendemos. “¡Aleluya, hijo de puta!”, aullaremos, mientras el fuego consume la última de nuestras mentiras. ¡Hosanna en las alturas de la desesperanza! Porque este es el final que nos prometieron: luces y llamas, un orgasmo de escoria que borrará para siempre la vergüenza de haber existido. El perro sonrío. O al menos lo pretende.



LA IRA CRISTALINA

María José Escobar

Un día, el fantasma empezó a quitarnos todo. Objetos de peso importante. Nos costó asimilarlo porque lo tuvimos siempre aquí, desde el inicio de los tiempos. Era como un espectro cualquiera: deambulaba en la vigilia, traspasaba las paredes y observaba con indiferencia. Sin embargo, también era singular, pues tenía la manía de intentar, desde el poco entendimiento de su naturaleza espectral, saltar de la azotea. ¿Qué lograría con aquello? Nada, pues era un espectro. Lo hacía todos los días: se tiraba de la azotea y quedaba suspendido a un pelo del suelo.

Nunca supimos lo que quería, pero su frustración hizo que pagáramos los platos rotos. Se ensañó como si, de repente, nos hubiéramos convertido en sus enemigos, como si hubiésemos sido nosotros quienes lo volvieran diáfano como era. Con esa rabia expuesta, puso en marcha su plan de venganza, un plan sencillo, inquietante y confuso.

Primero, las tazas. Incluso las favoritas. Rotas en el suelo. Un estruendo un sábado por la mañana. ¿Cómo pudiste? Nos gustaba tanto; esa la trajimos de Colombia. ¿Cómo pudiste?

Las tazas bajo llave. La vitrina que las exhibe. Tazas inútiles, tazas ornamentales. Luego, un vaso. Quise tomar agua porque hacía calor. Los vasos de vidrio conservan mejor la temperatura deseada. Apenas iba a tomar el primer sorbo cuando el vaso se esfumó de mi agarre. ¿A dónde se fue? Al piso. Y en añicos, probablemente. El vaso voló por encima de la barda. Un estruendo lejano. Gracias a Dios no le pegó a alguien. ¿Cómo pudiste?

Los vasos de vidrio, adornos. La vitrina casi llena. Los platos también resguardados por si acaso.

¿Qué sigue? Nos preguntamos. Y le preguntamos a él: ¿qué vas a hacer? No responde. Pero sabemos que algo trama. En sus aposentos, algo trama. Estamos alerta. Cuando traspasa mi pared, le digo que se largue, que siga molesta con él, y se va. No le importa mi enojo.

No lo vemos por un buen rato.

Aparece otro día. Claro, ¿cómo no lo pensamos antes? El barro también se rompe. Si lo dejas caer, se hace trizas. En el patio, yace la gardenia cubierta de su tierra, cubierta de su casa de barro, toda su casa esparcida alrededor y sobre ella. Pobre, debe estar tristísima. Esperemos que le guste su nueva casa de plástico. Ahora le resta belleza, pero así es más seguro. Concibamos que no se marchite del desencanto de saberse afeada.

¿Qué más? Suscitamos entre sueños. ¿Qué más le falta?

Algo terrible se le pasa por la mente. Inimaginable. Ocurrió una tarde de viernes. Un día ideal para beber, para estar felices bajo los efectos. Como ritual, suelo pasear mi caguama por la casa. Si me voy al cuarto, reposa en mi escritorio; si me voy a la cocina, me acompaña sobre la mesa; si me urge ir al baño, aguarda en la mesita del jardín. Crash. Una risa cínica. Una crueldad imperdonable. ¿Cómo pudiste? La abrazó contra su cuerpo con tal fuerza que se hizo polvo en el aire. La bebida dorada fundiéndose en la tierra. ¡Mi importe! le grité. ¿Cómo pudiste?

Nos limitamos a la cerveza en lata. A esto nos orilló. No está mal, pero no es lo mismo.

Otro día, advierto una algarabía en el piso de abajo. ¿Qué pasó con la pecera? La inmensa y pesada pecera, la arrastró con su fuerza fantasmagórica e inaudita y la azotó. Incauto como es, el pez se retuerce en tierras desconocidas y hostiles. Yace en los confines oscuros de una tina. ¿También le reclamará a su manera?

Debemos hacer algo. No nos podemos quedar de brazos cruzados. ¿Qué te pasó que de pronto nos odias tanto? A veces quiero tomar café en una taza de porcelana, quiero seguir con la solemnidad de la cafetera de vidrio: el líquido marrón que se vierte con lentitud, y la espera. La cafetera también enclaustrada. ¿Qué quieres de nosotros?

Inconsolables, nos echamos a llorar por las mañanas.



No hay solución. Antes de ponernos a pensar en una, él tuvo otra idea. Así de ágil es su pensamiento. Con sus fuerzas sobrenaturales, rompe los vidrios de las vitrinas. Los objetos ahí resguardados comienzan a temblar como poseídos. Los poseyó para que parecieran vivos. Se mueven en el aire. Una danza ridícula de tazas, vasos, platos y una cafetera. En el patio, las macetas de barro vacías se alzan desde sus escondites bajo los tiliches de la bodega. Los gatos miran desde arriba, fascinados. Nadie lo puede creer. Las caguamas salen de entre las botellas de plástico reunidas para el reciclaje.

¡Alguien tiene que hacer algo! grito con voz desgarrada. No se hace nada, todo se cae al mismo tiempo. Tanto fue el ruido que los vecinos tocan el timbre, pensando que explotó el tanque de gas o el boiler y que el impacto nos consumió en instantes. No fue nada, es que lo tenemos harto, les contestamos.



VUELA, COLIBRÍ

NB



Siguiente edificio.

Excelente. Moviéndome por inercia, decidí estampar mi espalda contra la pared, esperándote. De manera inconsciente, mi ser supo que *el momento* al fin estaba aquí.

No fue un poco más tarde que reaccioné, sintiendo la adrenalina, los nervios y la ansiedad comiendo mi estómago al punto de sacarme el aliento.

Nada. *11AM* y nada.

—¿Se le hizo tarde? —murmuré con preocupación.

Por unos instantes saboreé el intento fallido.

11:15 AM.

—Cinco minutos más y me voy —me convencí a mi misma, asintiendo levemente—. Quizás aún no es tiempo.

Hasta que te percibí.
Esa sensación de...

¿Hay algún nombre para esto?

Miré hacia *nuestra* jardinera y nuestras miradas volvieron a encontrarse luego de tantos años. Contuve la respiración. Contuviste el aliento. La tensión subió. Mi cuerpo saboreó una oleada de preocupación.

¿Ahora qué?
¿Me recordarás?
¿Haremos un escándalo?
¿Voy a fingir y me darás una sonrisa?
¿Y si soy víctima de su indiferencia?

—Disculpa.

—¿Mande?

Ese resplandor en tus ojos.
Me recuerda. *Nos recuerda.*
Pero, ¿qué está pasando?

Sentí una pequeña oleada de ímpetu.

—Ah, ¿no me reconoces?

Su mirada se suavizó.

Me estudió por unos segundos. Pero lo conozco a profundidad; reconocí que estaba tratando de guardar las apariencias.

—¿Naomi?

¿Por qué no me siento como esperé sentirme?

Vuelvo a verte. Nuestras miradas nunca se alejan. Mi-yo-de-antes nunca regresó; no hubo nada distinto en mí. Nada.

Te ví y te reconocí. Podía alcanzar con las yemas de mis dedos la energía que nos rodeaba; esa vibración misteriosa.

¿Por qué no se siente como antes?

Sonrei. Sonreíste.
Extrañaba ese gesto.
No obstante, no lo degusté.
Mi cabeza cayó en espiral.
¿Esto se acabó?

La conversación fue...

¿Normal? ¿De viejos conocidos, viejos hábitos o estábamos fingiendo cordura?

—No, voy en octavo semestre.
—No chingues.
Reíste.

Me mirabas y tu risa hizo un eco en cada memoria reprimida.
No. No. No. No. No. No.

Yo dejé de ser *ella*.
Tú sigues siendo *tú*.
La marea desea arrastrarme.
Quiero ahogarme.
Y doy media vuelta, bendiciendo tu camino.

Un poco más y contábamos las veces que decidimos jugar-a-engañarnos.
Preguntaste sobre mí. Respondí con sinceridad.

Quema.
Arde.
Estalla.
Encontré al colibrí.
En lugar de matarlo,
cavé profundo y nos enterré.

Estrechamos las manos.

Divino.
Tan mundano y nada celestial.
¿Qué me sucedió?
Me marché.
Tu mirada nunca se apartó de mí.
Acechando.
Y yo, después de tanto tiempo,
tuve la sensación de no querer voltear atrás.

Nada es simple. Nada cumple con las expectativas.
Supongo que sí fue obra de Dios. Porque si no fuese así, hubiera ocurrido lo que tú y yo sabíamos de antemano.

Nunca quise irme.
Lo sabías a la perfección.
Empero, viéndolo detrás de mis espaldas,
entendí que, en el fondo de mí ser, ya no sabía cómo quedarme contigo.
Pero vuelvo a bendecir tu corazón.

Las lágrimas a punto de estallar. El nudo en la garganta, la cuerda asfixiando mi piel, sacándome el aire.

—Seguimos en contacto.
¿De verdad?
No.
¿O sí?

A pesar de todo, vuelvo a bendecir tu ser. Tanto tu alma, tu cuerpo y todo de ti.
Vuelvo a bendecirte.

Bendigo el día que nos conocimos.
El día que me mataste.
Te bendigo y me bendigo.
Reitero por tercera vez la bendición al hombre que me maldijo silenciosamente y yo recién me di cuenta.

Vuela, colibrí.

Vuela por nosotros,
porque no quiero olvidarte por completo.



¿QUIÉN ESCRIBE EN ESTE NÚMERO?



Ricardo Pech George

Ricardo Enrique Pech George, nacido el 5 de agosto de 1974 en Mérida, México, es médico psiquiatra y escritor aficionado. Egresado del Taller de Creación Literaria del Mtro. Joaquín Bestard, ha colaborado en periódicos y revistas locales. Es autor del libro de cuentos Las viboras vírgenes. Su obra refleja su interés por la narrativa y la creación literaria.



Victor D. Manzo Ozeda

Nacido el 3 de febrero de 1983 en Mexicali, Baja California, actualmente reside en Durango junto a su esposa, su hija pequeña y varias mascotas. Es autor de las novelas El diario de una mujer dormida y Oneiros, así como de la obra de teatro El último Berserker, todas disponibles en Amazon. Actualmente trabaja en una nueva novela y una serie de cuentos.



Yobany García Medina

Nacido en el Estado de México en 1988, es escritor, docente e investigador. Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas y maestro en Literatura Mexicana por la UNAM, ha publicado en revistas y antologías nacionales e internacionales. Fue galardonado con el Premio Nacional de Poesía Rogelio Treviño 2017 por Sótanos del insomnio. Su poemario Mal de ojo ganó el Premio Nacional de Poesía María Elena Solórzano 2021. Su obra más reciente es La estupidez es un karma, un libro de aforismos.



Melbridge

(27 de noviembre de 1998) Nacido en manguito de Santa Rosa, municipio Freyre, Holguín. Estudió medicina en la universidad de Ciencias Médicas "Mariana Grajales Coello" entre 2016-2022. Actualmente trabaja en hospital General Vladimir Ilich Lenin desempeñándose como médico residente de segundo año de la especialidad Medicina Interna. Miembro del taller de creación literaria "Pablo de la Torriente Brau". Bajo la tutela del instructor Rafael A. Inza.



Carol G Jagger

Autora de 40 años nacida en Sagunto, Valencia, Carol comenzó a escribir poesía a los 13 años y a los 15 ganó el premio joven "Villa de Mislata". Influenciada por Carver, Houellebecq, Bukowski y la irreverencia del rock, ha forjado una voz única y provocadora. Ha estudiado filosofía, bellas artes, educación social y literatura en universidades valencianas. En 2020 publicó Jagger, consolidándose en el panorama literario. Su poesía destaca por su madurez y personalidad.



Elizabeth Barrales Jandette

Elizabeth Barrales Jandette es una escritora mexicana en sus veintes, egresada de la licenciatura en letras modernas de la UNAM. Ha publicado poemas, ensayos y artículos en general en publicaciones en línea tanto en inglés como en español, su trabajo más reciente aparece en Writers Avenue (Julio 2024). Además, realiza proyectos audiovisuales y gráficos, entre ellos cortometrajes, ilustración y diseño de portadas. Encuéntrala como @cazandocolibris en Instagram y X.



María José Escobar,

(Querétaro, 1998) es licenciada en Letras Hispánicas. Ha participado con cuentos breves y microficciones en diversas plataformas y medios de difusión literaria, incluyendo Revista Ibdem, Revista Oropel, Hipérbolo Frontera, Revista Alcantarilla, Enpoli y Tintero Blanco.



NB

NB nació el 07 de Junio del 2002, en el Estado de México. Es estudiante de la licenciatura de Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán. Es Técnica en Educación y Desarrollo Infantil por el Colegio de Ciencias y Humanidades plantel Azcapotzalco.



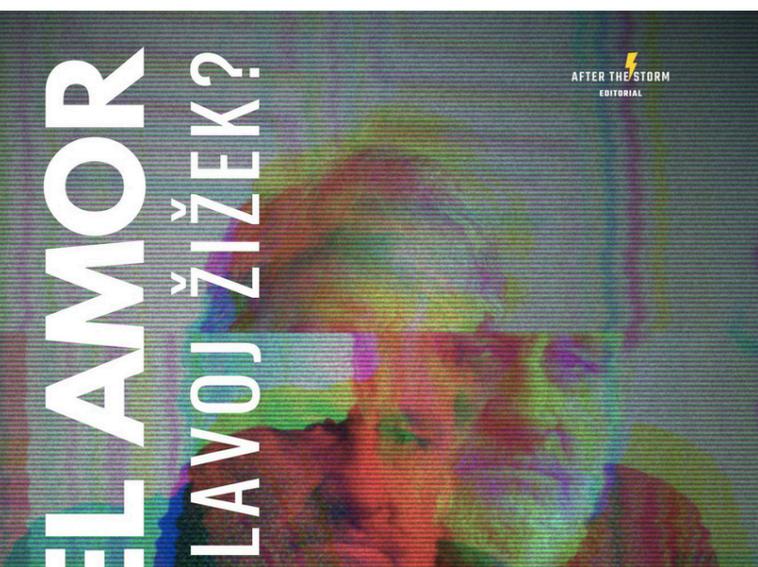
Tlachiv Soriano

Nacido en 1975 en un hospital frente al Teatro de la Ciudad de Puebla, es Maestro en Estudios Humanísticos. En 2006 participó en el Taller Oaxaca 1 y ha publicado relatos en suplementos literarios, además de incursionar en el periodismo. Es profesor universitario en diversas instituciones, fotógrafo, amante de los gatos, exrunner y aspirante a YouTuber.



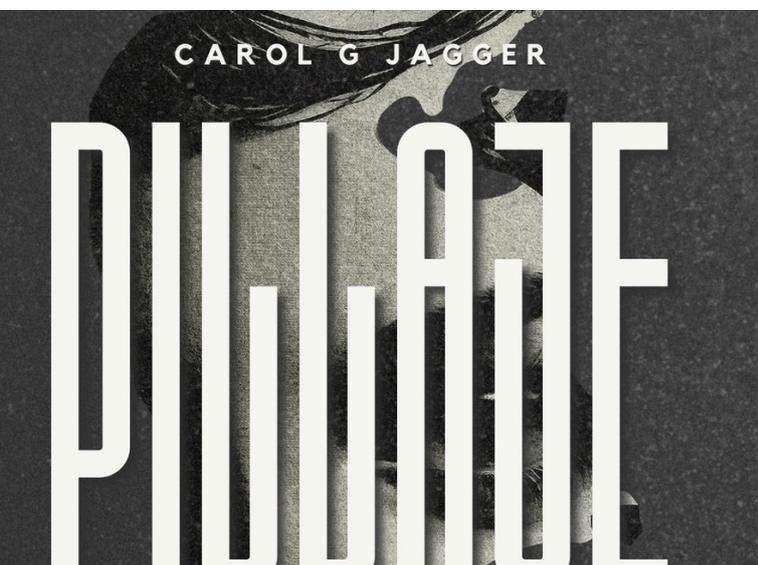
Orlando Elefante y otros cuentos

¿Qué harías si Dios decidiera abandonar el universo? ¿Cómo reaccionarías si el cosmos se volviera tu enemigo personal? ¿O si la belleza y la perfección se convirtieran en una prisión? En Orlando Elefante y otros cuentos, Campo Ricardo Burgos López nos invita a explorar estas inquietantes posibilidades a través de relatos que desafían nuestra percepción de la realidad.



¿Qué es el amor para Slavoj Žižek?

¿Qué es el amor para Slavoj Žižek? Política, Deseo y Resistencia en la obra de Slavoj Žižek es una lectura que desafía y profundiza nuestra comprensión del amor en una época de superficialidad y alienación, y nos invita a abrazar el amor en toda su complejidad y poder transformador.



Pillaje

Pillaje es un viaje poético a las entrañas de la fragilidad humana. Carol G. Jagger, con su estilo crudo y visceral, nos presenta un universo de emociones intensas donde el caos, la soledad y la contradicción se convierten en protagonistas. Cada verso escarba en las profundidades de la existencia, revelando paisajes emocionales cargados de melancolía, nostalgia y una desgarradora honestidad.

CATÁLOGO

afterthestorm.store/catalogo



El mirador

En El Mirador, la imponente figura de Coloso se convierte en el centro de una narrativa que explora la percepción, la identidad y el sentido de la existencia. Desde su enigmático nacimiento hasta su vida como observador silencioso, Coloso transforma la cotidianidad en un lienzo de reflexiones profundas y desconcertantes.

Supermaquila

ELPIDIA GARCÍA DELGADO



Supermaquila

En Super Maquila, Elpidia García Delgado retrata con humor y audacia la lucha de personajes marginados por la justicia y la dignidad en una Ciudad Juárez tan hostil como resiliente. A través de cuentos llenos de acción y crítica social, esta obra explora el poder transformador de los pequeños actos heroicos.

Anuncios Clasificados

OMAR VELASCO



Anuncios clasificados

En Anuncios Clasificados, Omar Velasco nos transporta a un universo hilarante y fantástico donde los anuncios de periódico se convierten en portales hacia lo surrealista. Desde trabajos imposibles hasta objetos mágicos y criaturas insólitas, los clasificados de este libro invitan a lectores a reír, soñar y reflexionar sobre el absurdo de la vida cotidiana.

FORMA PARTE DE LA TORMENTA



Envía tus obras a Black Thunder

www.afterthestorm.store/black-thunder/

¿Buscas servicios de autopublicación?

Diseño de portadas, edición, consultorías

www.afterthestorm.store/servicios-de-publicacion/

BLACK

THUNDER

www.afterthestorm.store/blackthunder

BLACK THUNDER

NÚMERO.02

www.afterthestorm.store